

Gracias a ellas

Por Taamas

"¿Acaso produce hijos?"

Gertes leía un libro. Siempre había sentido curiosidad por la Vieja Historia: su pequeño secreto. Hoy en día, la Vieja Historia no servía más que como un puñado de leyendas que contar a los niños sobre un mundo más atrasado, oscuro y cruel. Pero a Gertes le fascinaban las hazañas que la humanidad había logrado cuando la información tardaba días en llegar de un sitio a otro. Guardó su viejo libro y se dispuso a prepararse para la reunión.

Había llegado la tarde anterior a Kepler-452b, al mismo tiempo que un puñado de imperceptibles fotones, salidos de la Tierra en la época de las cruzadas, alcanzaban la superficie del planeta. Desde luego, Gertes había llegado mucho antes que las partículas más rápidas del Universo. Gracias al hiperespacio una nave puede desaparecer cerca de la Tierra y, al instante, volver a existir a años luz de distancia. Pero no eran estos asuntos los que preocupaban a Gertes. Como consejero del Fondo Económico, había sido invitado a una cumbre en Kepler con el objetivo de decidir sobre uno de los problemas más acuciantes para la sociedad humana.

Había demasiada gente. Literalmente. Hacía tiempo que la Tierra se había quedado pequeña, y Marte estaba próximo a hacerlo también. La terraformación de Venus, aunque cercana a su compleción, no se consideraba una solución a largo plazo. A más gente, crecimiento más rápido. Con el afianzamiento de la "sociedad feliz", las familias habían dejado de tener tantos hijos, pero, con una población que ocupaba casi dos planetas, su crecimiento no era nada despreciable. Con un crecimiento del 1% anual, la población podía duplicarse en 70 años. En menos de un siglo, harían falta cuatro o cinco planetas ocupados. En Kepler había una pequeña estación condicionada para la vida, y aunque la terraformación necesaria era poca, la distancia al Sistema Solar complicaba mucho la operación. Es por ello que la base en Kepler se había convertido en un centro de desarrollo de tecnologías que permitieran a la humanidad superar el desafío energético y poblacional.

La cumbre tenía lugar en una gran sala de conferencias que disponía de una enorme pantalla de proyecciones, dispositivos de realidad virtual e incluso puestos de anclaje al cerebro, para quienes se hubieran implantado un puerto de acceso, lo cual muchos consideraban aún una inútil extravagancia. Con ayuda de estas tecnologías, los oyentes podían visualizar los modelos y recreaciones en que se apoyara el ponente, e incluso interactuar con ellos para comprender mejor sus entresijos, sobre todo quienes no hubieran tenido formación científica. Destinadas principalmente a estos últimos se realizaron una serie de cortas exposiciones sobre los métodos generales en cuestión de terraformación y sostenibilidad de los ambientes humanos: las más modernas técnicas de ingeniería climática, diseño biológico y gestión de sociedades fueron expuestas con suficiente claridad como para que las entendiera un niño. Tras éstas, comenzó a tratarse el principal problema que limitaba la expansión a otros planetas: la energía. Para conseguir expandirse a un ritmo adecuado a su

crecimiento, necesitaban una fuente importante. La Tierra y Marte producían casi al límite de su capacidad, y no podían alimentar empresas tan costosas como esta si querían aumentar el territorio humano en el cosmos a un ritmo adecuado.

La fuente de energía que parecía obvia era el Sol. Hacía siglos que la ciencia ficción hablaba sobre grandes esferas que rodeaban una estrella y captaban toda su energía. Y ahora parecía viable. Zosmón Furte, en nombre de sus colegas, expuso la idea consensuada por la comunidad científica. La solución, teóricamente, no parecía demasiado compleja. Consistía, como todos observaron en la pantalla, en sus aparatos de realidad virtual o directamente en sus mentes, en crear un grupo de máquinas capaces de atravesar el espacio y almacenar una gran cantidad de recursos, ya fuera de otros planetas o de otros objetos menores, y construirían copias de sí mismas. Así, conseguirían multiplicar su número en relativamente poco tiempo, y luego se encaminarían al Sol, cubriendo toda su esfera sin reducir significativamente la luz que llegara a los planetas, y comenzarían a almacenar su energía. Naturalmente, este proyecto se llevaría inicialmente a cabo en Kepler, para probar su eficacia antes de ejecutarlo en el Sistema Solar. Los cálculos estaban hechos, y el objetivo de cubrir la estrella Kepler-452 parecía alcanzable en un plazo de 10 a 15 años. Quedaba obtener el visto bueno de las organizaciones. "Piénsenlo: si este proyecto se lleva a cabo, habremos resuelto el problema energético durante quizá el próximo millón de años. Puede que incluso por toda la vida del Universo", finalizó Furte.

En la Tierra, una joven pareja contemplaba el cielo nocturno, tumbados sobre la hierba en el jardín de su azotea.

—¿Crees que Kepler puede verse desde aquí? Ya sabes, la estrella donde está teniendo lugar la cumbre sobre el crecimiento de la población.

—Lo dudo mucho. Hay estrellas mucho más lejanas que pueden verse, pero son más brillantes que Kepler. Pero, eh, no lo sé a ciencia cierta.

—Vaya. Pensar que aquí y allí, dos puntos tan alejados entre sí, son los únicos de toda la galaxia en los que hay vida... Dos lugares con seres conscientes, rodeados por una apabullante inmensidad de materia muerta. Bah, déjame. Supongo que las estrellas me hacen pensar cosas raras.

—¡No, no te preocupes, es divertido! No estoy tan seguro de que sean los únicos lugares con vida, de todos modos.

—¿Seguro? ¿No crees que, si hubiera alguien más, ya nos los habríamos encontrado?

—Bueno, quizá haya algo de vida primitiva en una estrella remota. Quizá existieran grandes civilizaciones hace millones de años y ahora estén extintas, esperando a arqueólogos espaciales, o algo así.

—O quizá haya una civilización superpoderosa que controle la galaxia y vigile que ninguna especie se desarrolle lo suficiente como para representar una amenaza, exterminándola si se da el caso.

—¡Ja, ja, ja! Eso suena bastante absurdo.

—¡Oye! ¿Quién sabe? Seguro que nos quedan muchísimas cosas del cosmos por descubrir.

— Ya, ya. Quizá hasta tengas razón. Pero mejor dejémoslo: me gustaría poder conciliar el sueño esta noche.

La idea de las máquinas autorreplicantes estaba expuesta. La mayoría de los grupos relevantes la apoyarían, pero había uno importante que quizá se opusiera. Organización por el Desarrollo Responsable de las Sociedades Humanas, o algo así. Misima no recordaba bien su nombre. Muy rimbombante y muy poco práctico. Lo que sabía era que se trataba de gente más bien conservadora, siempre dudosa de los beneficios del progreso y exageradores de los posibles inconvenientes, y le había tocado convencerles de que era esto o el colapso.

Griskard, el representante de la organización, se sentaba tras su escritorio, revisando varios documentos en la pantalla que constituía la superficie del mismo. Cuando Misima entró, a Griskard le bastó un sencillo movimiento de ojos para guardar su trabajo. Se reclinó en el asiento e invitó a la científica a sentarse.

—Bueno—comenzó—. Explíqueme por qué es tan buena esa idea que va a salvarnos a todos.

—Vaya, creo que eso está claro. U obtenemos una fuente de energía importante, mayor que todo lo que tenemos ahora, o no habrá más sitio donde vivir. Ya apenas lo hay.

—Un planteamiento muy heroico. Pero las máquinas autorreplicantes no son tan seguras como quieren hacer ver. Un pequeño desliz, y podrían ocasionarse daños irreparables a escala galáctica.

—Verá, los diseños son totalmente seguros. No hay posibilidad de causar algo como lo que dice.

—Y si una de esas naves tan seguras se escapa, podría comenzar a expandirse por la galaxia, creando más y más de ellas a su paso, consumiendo los cuerpos celestes que encontrara a su paso. ¿Seguro que es un riesgo que queremos tomar? En la Organización por el Desarrollo Responsable de las Sociedades Humanas creemos que no es así.

—Debe saber que estas máquinas estarán programadas a la perfección para que identifiquen la estrella que les corresponde y busquen sus recursos en un radio determinado a su alrededor. ¡No pueden volverse locas sin más! Seguirán su programación, igual que lo hace un portátil, y harán su trabajo.

—Eso dice la teoría. Desde luego, estamos ante un dilema interesante. Arriesgarnos a desatar un virus galáctico que no pueda limpiarse y posiblemente acabe devorando planetas, a cambio de energía casi ilimitada.

—No hay posibilidad de duda. El consenso científico es total: no hay riesgos significativos que asumir y los beneficios para la humanidad son enormes.

—Creo que tendremos que revisar esos diseños afondo, al menos. Es un gran poder el que se quiere desatar, y grande también es la responsabilidad que asumimos al ejercerlo.

Misima se fue de allí con la sensación de haber hablado con un ignorante anticientíficista, pero también de que, al final, tomarían la decisión lógica.

Una noche más, dos jóvenes se evadían del mundo alzando su mirada hacia las estrellas.

—Así que, al final, la humanidad se salva, ¿no? Y seguro que por los pelos, como siempre.

—Sí. Soltarán las máquinas en Kepler y en unos años tendremos la energía de una estrella similar al Sol. ¡Toda una estrella!

—La verdad es que parece tan fácil... Suelas un enjambre de bichos metálicos espaciales y hala, ellos solos te hacen todo el trabajo.

—Sí, pero no te creas, hay mucha gente en contra. Dicen que es un poder inmenso, que es peor que las viejas armas de fisión nuclear, que jugamos a ser dioses...

—Bueno, gente convencida del fin del mundo siempre ha habido, y aquí estamos. No le daría tanta importancia.

—No sé muy bien qué pensar, la verdad.

—Parece que todo va a estar muy controlado, que no van a poder salir del sistema solar de Kepler.

—Pero imagínate los usos. Imagínate soltar un puñado de máquinas para que se multipliquen y vayan recolectando todos los recursos de la galaxia. Se podría, yo que sé, hasta construir planetas artificiales o cosas así.

—O usarse como arma. El otro día hablabas de supercivilizaciones galácticas... bueno, quizá usen máquinas autorreplicantes para controlar a otras especies. Quizá hayan invadido el cosmos vigilando que nadie dé el salto, y estén acechando en algún asteroide para destruirnos en cuanto empiece a construirse la esfera alrededor de la estrella.

—Vale, ahora sí que te estás pasando. Eso es totalmente surrealista.

—Es una posibilidad, ¿no? Podrían usarse para eso perfectamente. Hoy en día, los ordenadores cuánticos permiten hacer las tareas más complejas... Y quién sabe para qué las usaremos nosotros. ¿Para crear, o para destruir?

—Prefiero no pensarlo...

Habían sido días intensos para Gertes. Poner al día a la gente del Fondo Económico sobre el siguiente gran paso para la obtención de energía no había sido sencillo. Pero ya se había dado el visto bueno de todos los grupos relevantes y la construcción de las máquinas autorreplicantes comenzaría en unos días. ¿Qué nuevos horizontes cruzaría la humanidad ahora que dispondría de energía prácticamente ilimitada? Esos asuntos ya no importaban, porque había llegado a la cómoda silla de su despacho y se disponía a continuar leyendo su libro. Trataba sobre pensadores de la antigüedad, cuyas ideas Gertes encontraba muy interesantes y aplicables aún en tiempos modernos. Revisó lo último que había leído:

«...Descartes, que daba clases de filosofía a la reina Cristina de Suecia, le comentó en una ocasión que el cuerpo humano podía ser considerado una máquina. A esto, la reina respondió señalando un reloj y diciendo: "¿Acaso produce hijos?"»